

## El ocaso de una cultura milenaria

Por Jordi Amat

El Periódico | 2006

Tres años antes de que el Partido Comunista comandado por Mao Zedong instaurara la República Popular China, el joven norteamericano David Kidd (Corbin, Kentucky, 1927 - Honolulu, Hawai, 1996) llegó a Pekín en un programa de intercambio universitario para ampliar sus estudios en cultura china. Difícilmente podía imaginar lo que en breve contemplarían sus ojos: fue testimonio del desmantelamiento acelerado de la civilización que era el tema de su investigación. Una noche de 1948, en la ópera, conoció a la embriagante Aimee Yu, hija de una de las familias más linajudas de la vetusta aristocracia manchú. Al cabo de un año se habían casado. Kidd se instaló entonces en la decrepita mansión de su mujer, junto a la numerosa tropa que formaba el clan variopinto y empobrecido de los Yu (incluyendo la enigmática y refunfuñona tía Qin, personaje adorable donde los haya).

Diez años después de haberse marchado de un país que colgaba el sambenito de sospechosos a los extranjeros, Kidd escribió estas Historias de Pekín con un objetivo claro: levantar acta de un mundo periclitado, mostrar el arrasamiento maquinado de una cultura milenaria. El resultado es una - tragedia contada sin patetismos, a veces con ironía, siempre con un talento descriptivo pasmoso. Todo un lujo para los sentidos (gustosas virguerías gastronómicas incluidas). La mansión se convierte en protagonista de esta historia y su estado ruinoso -lagos sin agua, paredes que se derrumban, palacetes que se desploman-, en la metáfora empleada para visualizar el ocaso de unas costumbres y unas formas de vida atávicas. La dispersión de la familia, forzada a mudarse, es la imagen que mejor ejemplifica el final de un mundo obsoleto.

El último capítulo, epílogo añadido 30 años después de la primera redacción de estas memorias, es la crónica del retorno nostálgico a Pekín a la busca de un tiempo del que sólo sobreviven sombras. Pero la atávica dignidad de los Yu, sumidos en una deprimente pobreza, sigue incólume.